EL HERALDO

N°17 MARZODE 2025



TERTULIA POÉTICA

CURIOSIDADES SOBRE LA LITERATURA

MUNDIAL DE ESCRITURA

Mujeres: artifices de la literatura

EL REINO OLVIDADO

Indice

CARTA DEL EDITOR

El Mundial de Escritura se ha convertido en un fenómeno cultural que trasciende fronteras y une a personas de diversas nacionalidades en torno a su pasión por la palabra escrita. Este evento se plantea como una competencia que invita a escritores de todos los niveles a mostrar su talento y creatividad, abarcando todos los géneros. A través de su desarrollo, se busca no solo premiar la habilidad literaria, sino también fomentar la apreciación por la literatura y el poder que tiene la escritura para transformar y conectar.

En primer lugar, es importante resaltar que el Mundial de Escritura no se limita a un solo tipo de participante. Desde jóvenes talentos que apenas inician su andanza en el mundo literario hasta autores consagrados que buscan nuevas formas de expresión, todos tienen la oportunidad de participar y compartir sus obras. Esta diversidad en el ámbito de los participantes enriquece el evento, ya que cada voz trae consigo una perspectiva única que refleja las distintas vivencias, culturas y realidades de sus comunidades.

Uno de los aspectos más fascinantes de este mundial es su formato. Las distintas rondas de competencia están diseñadas para desafiar a los escritores de maneras novedosas, presentando retos que pueden ir desde escribir un relato corto en un tiempo limitado hasta explorar temáticas específicas que inviten a la reflexión. Esta dinámica no solo incita a los participantes a explorar nuevas ideas, sino que también les permite experimentar con estilos y técnicas literarias que podrían estar fuera de su zona de confort habitual. Este proceso de autoexploración y crecimiento es, sin duda, una de las gratificaciones más significativas que ofrece el evento.

Además, el Mundial de Escritura promueve una interacción enriquecedora entre los escritores. Estas interacciones crean un espacio de aprendizaje comunitario donde las críticas



constructivas y el apoyo mutuo juegan un papel crucial. Los escritores no solo están compitiendo, sino también colaborando y construyendo una red que puede llevar sus carreras a nuevos horizontes.

El impacto del Mundial de Escritura también se extiende más allá de los participantes, donde el club literario: El Reino Olvidado ha tenido participación en este evento ecuménico que se desarrolla en Argentina y en Venezuela.

En conclusión, el Mundial de Escritura representa una celebración por la palabra escrita que va más allá de la competencia. Ofrece un espacio para la creación, la colaboración y la apreciación literaria. Este evento no solo reconoce el talento de los escritores, sino que también les brinda la oportunidad de crecer, aprender y conectar con una comunidad apasionada por la escritura. En un mundo que suele centrarse en lo efímero, el Mundial de Escritura reafirma la relevancia y el impacto duradero de las letras en la vida de las personas.

Ariel Sosa Mansilla

CURIOSIDADES LITERARIAS

Las mujeres y la literatura

La literatura fue, tradicionalmente, un terreno reservado a los hombres, y las pocas mujeres que se atrevieron a escribir en épocas pasadas solían utilizar seudónimos masculinos.

La escritura era considerada una manifestación de arrogancia femenina, ya que la mujer estaba destinada únicamente a cumplir con su rol tradicional de esposa y madre. Sin embargo, durante siglos, las mujeres han luchado incansablemente para lograr su libertad intelectual a través del arma de la palabra, aunque en esta lucha algunas de ellas perdieran sus vidas o sus mentes, víctimas de una batalla interior, como revelan sus escritos.

La inadaptación a las reglas ha sido peligrosa y sigue siendo, hasta hoy, a menudo arriesgada. Aun así, al repasar la historia de la literatura femenina, encontramos una lista interminable de escritoras rompedoras, valientes, transgresoras, luchadoras y de gran talento.

Aquí les dejo algunas curiosidades literarias relacionadas con el sexo femenino:

- Sor Juana Inés de la Cruz: Es la mayor figura de las letras hispanoamericanas del siglo XVII y pionera del movimiento de liberación femenina. Su espíritu inquieto y su afán de saber la llevaron a enfrentarse con los convencionalismos de su tiempo, que no veían con buenos ojos que una mujer manifestara curiosidad intelectual o independencia de pensamiento. En su obra destaca la caracterización psicológica de los personajes femeninos, muchas veces protagonistas, siempre inteligentes y finalmente capaces de conducir su destino.
- Ann Radcliffe: No fue una escritora demasiado prolífica, pero tan solo seis novelas y alguna obra poética la convirtieron en una figura clásica de la literatura inglesa. Considerada como una de las fundadoras del género gótico de terror, transformó la literatura y, para muchos, es la «reina de lo gótico». En Los misterios de Udolfo, sus meticulosas descripciones de castillos en ruinas, puertas misteriosas, músicas embriagadoras y espectros que pueblan sus páginas, en las que bellas doncellas son objeto de una despiadada violencia, son capaces de suscitar un temor inusitado en el lector. Es la reina de la novela gótica por excelencia.
- Mary Shelley: Hija de la feminista Mary Wollstonecraft y del filósofo racionalista William Godwin. Cuenta la leyenda que Lord Byron reunió a sus amigos escritores en una noche de tormenta. En esa velada, tras la lectura de una antología de cuentos

de fantasmas, Byron propuso que cada uno de ellos escribiera un relato de terror. De ahí nacería Frankenstein, considerada por muchos como la primera novela de ciencia ficción y una excelente obra de terror gótico. En la obra se reflexiona sobre la moral científica y la relación entre el hombre y Dios. Doscientos años después, sigue siendo un éxito en ventas.

- Edith Wharton: Escritora y diseñadora estadounidense. En sus numerosas novelas y cuentos, describió con gran precisión y de forma aguda y satírica los diversos aspectos de la sociedad anglosajona, tanto inglesa como norteamericana. Fue la primera mujer que recibió el Premio Pulitzer con la novela La edad de la inocencia, en la que, a través del personaje de la condesa Olenska, se cuestiona la sofocante atmósfera de la sociedad neoyorquina de finales del siglo XIX y se dejan en **evidencia los dobles estándares existentes: el culto al dinero y la imagen, así como el diferente trato hacia la mujer.**

- **Gabriela Mistral: Seudónimo de Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga, fue una importante poetisa, diplomática y pedagoga chilena. Es la gran dama de la literatura chilena y la primera mujer latinoamericana en recibir el** Premio Nobel de Literatura. Pertenece al modernismo latinoamericano. Sus escritos se caracterizan por la ausencia de retórica y el lenguaje coloquial. Democratizar la educación y dar opciones para que las mujeres salieran de la pobreza fue una tarea a la que la Maestra de América dedicó gran parte de sus escritos y su trabajo de convencimiento político.

- Alfonsina Storni: Poetisa y escritora argentina, ícono de la literatura posmodernista y una autora de referencia para el feminismo, tanto por su vida como por su obra. En sus libros abordó de forma directa y subversiva para la época temas como la sexualidad femenina, los roles de género y la subordinación al hombre. Su poesía es, a veces, torturada, intelectual y de ritmos duros. En ella se refleja una defensa de la libertad artística e individual y la igualdad entre el hombre y la mujer.

- Carilda Oliver Labra: Figura icónica de la literatura cubana y una de las voces más influyentes en la poesía lírica contemporánea. Mujer transgresora que, en palabras del escritor Miguel Barnet, “hizo con su vida lo que le dio la gana”. Durante toda su vida se mostró fiel a sus ideales. Su poema Me desordeno, amor, me desordeno es una referencia mundial cuando de poesía erótica se habla.

Michel Pérez Pino


HABIA UNA VEZ

INVASORES

Por Emmanuel Lloret

Hace siglos surgió en el mundo un nuevo enemigo, uno más fuerte y astuto que la mayoría. Una verdadera amenaza al equilibrio de la vida sobre la Tierra. El invasor, al encontrar poca resistencia a su dominio, poco tardó en ocupar cada porción de tierra a su alcance. Matando y esclavizando, llegó a dominar la gran mayoría del mundo. Todo excepto mi tierra.

Una vez, hace algunos años, conocí a un mestizo. Su madre había sido capturada cuando, a causa de la falta de alimento en nuestras tierras, se acercó al territorio del invasor en busca de algo que comer. El mestizo nació allí, hijo de una de las nuestras y un doméstico al servicio del enemigo.

Acostumbrado a la vida de esclavo, creció en cautiverio y, en su adultez, ayudó al invasor a moverse por nuestras tierras con mayor facilidad, al igual que hacían tantos otros como él.

Un día, mientras el mestizo y los demás esclavos conducían a cuatro invasores a través de nuestro helado territorio, los emboscamos. Dimos muerte a los amos y liberamos a los esclavos de su yugo. Pero algunos, sin conocer más que esa vida, leales a quienes les daban de comer y temerosos de la vida salvaje, prefirieron enfrentarnos. La lucha fue corta pero sangrienta. Los míos eran entrenados desde jóvenes para el combate y la caza, mientras que ellos solo sabían servir. Unos pocos huyeron por donde habían llegado y solo uno, quizá por miedo, quizá por la sangre salvaje que aún corría en sus venas, decidió quedarse: el mestizo.

Luego de darnos un festín con el botín de la victoria, condujimos al nuevo hacia nuestra guarida en lo profundo del bosque. Ya en lugar seguro, comenzamos a interrogarlo.

Las noticias del avance de nuestro enemigo sobre la frontera eran desalentadoras. Según el mestizo, cada día llegaban nuevas armas a los campamentos que se adentraban poco a poco en nuestro suelo helado. Más maquinaria de destrucción arribaba, y los horrendos refugios

que levantaban se multiplicaban. La única noticia que nos alentó fue el creciente temor que sentían por nosotros. Quizá, si utilizábamos eso a nuestro favor, lograríamos detenerlos.

Con un objetivo claro en mente, nuestros rastreadores buscaron a los invasores. El mestizo nos había revelado los senderos que recorrían para atravesar nuestros bosques y dónde se alzaban sus asentamientos. Entonces estalló la guerra.

Los invasores se movían en números cada vez mayores y más armados por nuestras tierras a causa de las continuas emboscadas. En campo abierto, sus armas les daban la ventaja en ocasiones, ya que podían abatirnos desde lejos, pero en los bosques teníamos la ventaja. Con la ayuda del mestizo, no tardamos demasiado en aprender que su armamento tenía una capacidad limitada y que, tarde o temprano, tendrían que dejar de disparar para recargar. Descubrimos también que los invasores no tenían buena vista en la oscuridad.

Por las noches, invadíamos sus campamentos y nos adentrábamos en sus aldeas, asesinando a cuantos de ellos aparecieran. Los obligamos a retroceder más allá de la frontera y a abandonar varios de sus asentamientos.

Pero el invasor era terco y no se dejaba disuadir fácilmente.

Grandes grupos armados empezaron a aparecer en nuestro territorio para darnos caza. Los combatimos a pesar de nuestro número inferior y de sus armas más letales.

Nuestro coraje y astucia eran la mejor arma contra un enemigo como este. En cuanto se veían rodeados, huían acobardados y darles caza era tarea fácil. Pero nosotros también teníamos pérdidas y, con el tiempo, la diferencia se hizo más notable. Por cada uno de ellos que caía, llegaban tres más en la siguiente ocasión, pero nosotros no lográbamos reproducirnos con tanta celeridad. Nos obligaron a refugiarnos en los bosques y a ser más precavidos.

Sin embargo, algunos se habían vuelto adictos a la sangre y abandonaban la manada para cazar al enemigo en solitario, desobedeciendo mis órdenes e irrumpiendo en los

campamentos del enemigo incluso a plena luz del día, atacando a las crías indefensas y a los adultos por igual.

Un día, uno de estos solitarios retornó a la guarida. Espuma blanca le brotaba por entre los dientes y sus ojos lucían inyectados en sangre. Furioso, me acusó de cobarde y me desafió por el liderazgo de la manada.

Me superaba en tamaño, pero no por nada yo era el alfa. El duelo fue feroz, pero finalmente derribé a mi enemigo y desgarré su garganta con mis colmillos. Había triunfado, pero estaba herido. Pronto, otros se atreverían a desafiarme.

Reuniendo a los más fuertes de la manada, nos adentramos en el bosque para dar caza a los desertores que podrían llegar a ser un riesgo para todos. No fue tarea difícil. La mayoría había padecido hambre en su tiempo de solitarios y apenas pusieron resistencia cuando les quitamos la vida.

Ya habiendo dado muerte a la gran mayoría, nos aprestamos para regresar, pero entonces un aullido de dolor nos alertó. No provenía de muy lejos. El aullido de nuestros cachorros y la risa siniestra del invasor encendió nuestra sangre. Corrí sin mirar si mi manada me seguía, pero estaba seguro de que estaban conmigo.

Un ladrido furioso, gritos y un estruendo seguido de un gemido de dolor me obligaron a correr más deprisa. Salimos a un claro. En el cielo, el sol comenzaba a descender y las últimas luces del día iluminaban la escena.

Amarrados unos a otros, nuestros cachorros gemían atemorizados junto a un árbol, mientras los invasores intentaban someter a los adultos que habían quedado para protegerlos. A un lado del claro, el viejo mestizo yacía sin vida, mientras su sangre teñía de rojo la nieve. Había caído protegiendo a los míos.

Ciego por el odio y el dolor, me arrojé hacia el enemigo, tomándolo por sorpresa. Disparos y gritos llenaron el aire del atardecer.

Al caer la noche, una veintena de invasores sin vida cubrían el claro del bosque, y un aullido colectivo se alzó a la luna, pues también habíamos perdido a varios de los nuestros. Habíamos ganado una batalla, pero la guerra por nuestra tierra aún no acababa.

Solo nos quedaba una certeza aquella noche: mientras aún quedara un lobo en pie para protegerla, nuestra tierra nunca caería en manos del invasor.



FRAGMENTADO

Por Ariel Armando Sosa Mansilla

Mientras iba esposado arriba del caballo, observaba a lo lejos cómo aquella mujer charlaba animadamente con su acompañante. Se puso a recordar cómo había empezado aquella historia de amor con Brunilda. Ella, en un pasado no muy lejano, fue su amante y esposa conforme a las leyes asgardianas.

Recordó la primera vez que la conoció en un torneo de destreza en honor a Odín; aquella belleza rubia de ojos azules fue ganando un espacio en su corazón y, con ello, el amor hizo acto de presencia. Sabía que ella, por ese entonces, se sentía atraída por Thor. No se le ocurrió mejor idea que transformarse en el dios del trueno y manifestarle que no estaba enamorado de ella, sino de la valquiria Sif.

Aquello, sin pensarlo, benefició al hijo mayor de Odín porque, con el tiempo, contrajo enlace con aquella guerrera. Fue así que comenzó a utilizar las runas del amor, llamada Wunjo, que aseguraba la conquista de la mujer deseada. Luego utilizó la runa Jera, que le aseguraba la fertilidad de aquella relación, pero no se percató de que, en la tirada, esta salió invertida y le traería dolores de cabeza.

Bajo el influjo de las runas, Brunilda se convirtió en la amada apasionada de Loki. Todo marchaba conforme a lo planeado por el dios del engaño, pero cierto día aquella valquiria se enteró de algo que provocaría un cambio profundo en la relación de la pareja.

—Hola, amor —dijo a modo de saludo.

—Hola… Será para vos —respondió la valquiria, enojada.

—¿Qué te pasa que me tratas así?

—Acabo de enterarme de que no me quieres, sino que soy un precioso trofeo de caza que le ganaste a Thor.

—¿De dónde sacas esa mentira?

—De esto. —Arrojó las runas que había hallado entre las ropas del dios, que estaban sobre la cama—. Estas son las runas del amor que utilizaste para hacerme caer bajo tus encantos.

—Pero lo hice porque estaba enamorado de ti desde el primer día en que te vi.

—No me engañas, Loki. Sabías que estaba enamorada de Thor.

—¿Y ahora lamentas eso? Llevamos casi tres años de relación de pareja y armas escándalo por unas runas.

—No eres sincero. Las runas las utilizaste siempre para hacer tus hechizos. Incluso sé que, en cierta ocasión, te convertiste en una criatura hermafrodita con el fin de cumplir los planes de Odín en la construcción de las murallas que rodean Asgard.

—Lo hice por el bien del reino.

—Vendiste tu dignidad, Loki, como lo has hecho conmigo. De nada te valió el amor que te he dado desinteresadamente.

—Pero yo te amo…

—Tu amor es un espejismo, una ilusión que no vale nada.

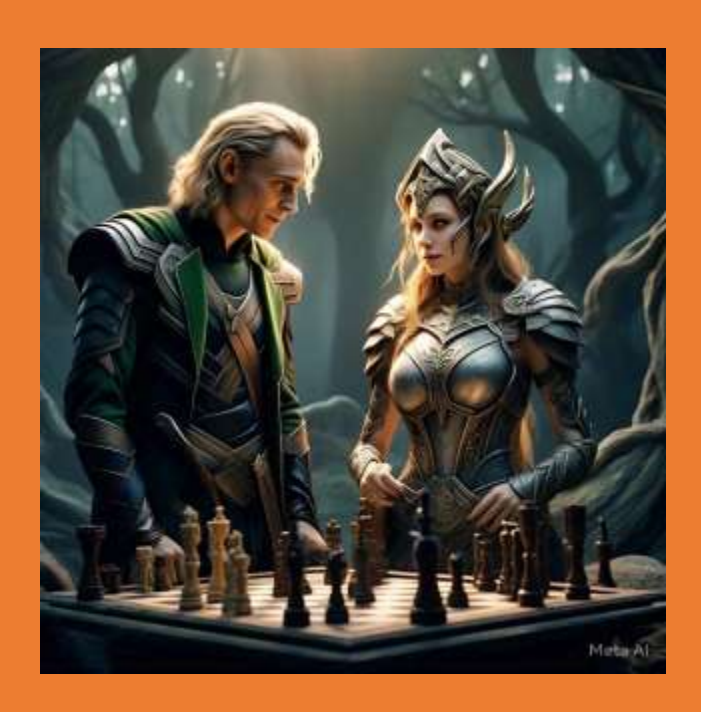
—Eres cruel, Brunilda.

—Soy realista, Loki.

Aquella discusión marcó el principio del deterioro y la fragmentación de la relación de pareja entre el dios y la valquiria.

Dejó de evocar los recuerdos que le hacían tanto daño y comenzó a cantar en voz baja una vieja canción vikinga. Sabía que ya no recuperaría a aquella mujer; estaba enamorada de otro, y a él le esperaba enfrentar al tribunal de Odín.

No sabía cuál sería la reacción del dios mayor ante sus acciones realizadas en la ciudad de Oslo y alrededores.



LA CASA DENTRO DEL BOSQUE.

Por Nelson Perez

—¡Papá, mamá! ¡Hay algo bajo mi cama! —gritó Alan II mientras corría por el pasillo de la vivienda en dirección a la habitación de sus padres. Tan solo era un niño que acababa de cumplir cinco años, y el corazón le latía estrepitosamente. Las luces de la casa se apagaban y encendían solas, y él sentía que la criatura lo observaba desde la entrada de su habitación.

—¿Qué son esos ruidos, hijo? —le preguntó su padre un segundo después de abrirle la puerta.

—¡Esa cosa de allá! —dijo, señalando hacia la entrada de su habitación—. Sacudió mi cama y quiso sacarme por la ventana.

Su padre pudo sentir el miedo de su hijo. El pobre niño se estremecía de cuerpo entero.

—Pero allá no hay nadie —le dijo Alan I, su padre—. Seguro estabas soñando. Ven, será mejor que esta noche duermas con mamá y conmigo.

Alan I era un hombre de buen aspecto, trabajaba como corredor en la bolsa de valores y era un escéptico. Sin embargo, la verdad era que él también había visto que algo se movía hacia ellos, avanzando por el pasillo desde la puerta de la habitación de Alan II. No obstante, al no tener sus gafas puestas, dudó de lo que habían visto sus ojos. Aun así, sintió que los pies se le hinchaban y los vellos de sus brazos se erizaban.

Acomodó a su hijo entre su esposa y él y volvió a conciliar el sueño.

Por la mañana, Alan I salió a trabajar. Como el colegio de su hijo quedaba en la misma trayectoria, lo dejó frente a la institución, esperó a que entrara y luego se marchó.

Lidia, la esposa de Alan I y madre de Alan II, era una mujer dulce y bastante sensible. Provenía de una familia modesta y, desde que había perdido su último empleo, se dedicaba a las labores del hogar. La casa donde vivían era una vivienda vieja, retirada del pueblo y construida en medio de un pequeño bosque. Un río pasaba cerca de allí, y los pinos se extendían hacia el norte en un rango de unos trescientos metros. Había muchos arreglos por hacer para dejarla como ellos la habían soñado.

Esa mañana, Lidia podaba los arbustos del jardín cuando notó que alguien cruzaba el patio en dirección a la puerta de la vivienda. Aquello le causó temor y, a la vez, curiosidad, pues la persona había entrado a la casa sin necesidad de abrir la puerta.

Intrigada, corrió hacia el interior, buscó en todos los rincones, pero no encontró a nadie. Quizá, si su esposo fuera alguien más, le habría contado la experiencia de aquella mañana, pero sabía que él la tildaría de loca.

"Solo es el cansancio", se dijo para sus adentros, mientras regresaba al patio para continuar con sus labores.

Por la tarde, tras el regreso de su esposo y su hijo, Lidia se disponía a servir el almuerzo cuando alguien, o algo, la empujó. Terminó derramando el caldo que había preparado y su esposo tuvo que llamar a un médico.

Los días avanzaron, y los Melansa se fueron acostumbrando a las cosas extrañas que sucedían dentro y fuera de la vivienda.

Lidia se recuperó. No fue algo grave, pero sufrió algunas quemaduras de primer grado en sus manos, lo que le causó dolor, enrojecimiento e hinchazón. El médico le ordenó no romper las ampollas, limpiarlas a diario con agua y jabón, aplicarse una capa delgada de aloe vera y tomar un analgésico hasta que sanaran.

Una mañana, mientras Lidia preparaba el desayuno, Alan II jugaba con sus primos, Micky y Holly, en el patio. Alan I, por su parte, mostraba las habitaciones a Norman, su cuñado y esposo de Margarita, su hermana, mientras ella se duchaba.

—Sabes, cuñado, quiero preguntarte algo —dijo Alan I.

—Anda, hombre, que acaso no somos como hermanos para que vaciles en preguntar.

—Aquí suceden cosas extrañas.

—¿Cosas extrañas? ¿Qué tipo de cosas, Alan?

—Desde apariciones hasta empujones. Las charolas vuelan por el aire y, la última vez, Lidia sintió que alguien la tomaba por los pies mientras descansaba.

—¡Entonces es cierto lo que se dice de esta casa!

—¿Y qué es lo que se dice?

—Algunos dicen que el demonio habita en ella. Otros aseguran que el antiguo dueño hizo un pacto con Lucifer y que sus riquezas crecieron enormemente hasta fundar un imperio en las finanzas.

—¿Y qué más? —preguntó Alan I, sintiendo por primera vez en su vida curiosidad por lo paranormal.

—Se dice que todo lo que se obtiene de mala manera, de mala manera acaba. Se comenta que aquel hombre se volvió tan avaro que ni siquiera compartía con su esposa e hijos. Para que no se quejaran, los encerró en el sótano, amordazando sus bocas para que nadie escuchara sus gritos. Pasaron días y meses enteros sin agua ni alimento hasta que murieron.

Años más tarde, el hombre apareció muerto, colgado de una viga en la habitación contigua a las gradas del sótano.

—¡Esa es la habitación de mi hijo! —exclamó Alan I.

De repente, Norman miró a través de un vitral y frunció el ceño.

—¿Dónde están los chicos?

—Se supone que están afuera —respondió Alan I.

—Pues no los veo.

—¡Alan!

—¡Micky, Holly! ¡El almuerzo está servido!

—¡Alan! ¿Dónde te has metido? ¡Ven de inmediato o tendré que castigarte por tan mala broma!

Los buscaron por toda la casa sin éxito. Cansados y agobiados, estaban a punto de llamar al 911 cuando…

—¡El sótano! —dijeron todos al unísono.

La puerta estaba cerrada y tuvieron que derribarla a golpes, pues no cedía a la llave. Bajaron corriendo y encontraron a los niños.

Alan II estaba suspendido en el aire, en forma de cruz invertida, pegado a la pared. Un líquido púrpura brotaba de sus manos, tenía los ojos en blanco y la lengua le llegaba hasta el entramado rojizo del piso.

Frente a él, Micky y Holly tenían las manos alzadas y hablaban en una lengua extraña.

Entonces, una sombra brotó del suelo y tomó forma de hombre. Parecía que formaba parte de un ritual para resucitar al difunto.

La criatura abrió la boca y un enjambre de moscas cubrió todo el sótano.

Norman sacó un librito de su sotana, tomó el crucifijo de su cuello y comenzó a recitar una oración.

La criatura se retorcía furiosa, pero un viento en forma de remolino la atrapó.

—¡No podrás dañar al siervo del Señor! Porque a sus ángeles enviará a que lo protejan.

La criatura gritó y maldijo, pero Norman no vaciló en terminar la oración.

Todo volvió a la normalidad. Sin embargo, tras lo vivido, los Melansa decidieron vender aquella vieja y apartada casa.



AMOR Y RAÍCES
Por Michel Perez Pino

Casigüas era un pueblo… normal. Cuando decimos normal, nos referimos a que nunca pasaba nada relevante. Era como cualquier pueblo de provincia en el interior del país. En su mismo centro, un parque donde la banda de música ofrecía retretas para que los enamorados se tomaran algo más que las manos y las beatas que salían de la Iglesia Parroquial Mayor se persignaran, diciendo que Satanás había escapado del infierno.

La calle principal era el sitio más concurrido. Abundaban los comercios y los bares, y a excepción de alguna que otra pelea de gallos y borrachos, el resto del tiempo era bastante tranquilo.

Todo cambió el día que don Eleuterio Iznaga Arrechavaleta, el millonario de Casigüas, se casó con una muchacha treinta y cinco años más joven que él. Nadie sabía de dónde había venido. Las chismosas más recalcitrantes del pueblo enviaron sus dardos ponzoñosos en todas direcciones, pero fue imposible averiguar el origen de aquella beldad.

—Dicen que es de Vegas Nuevas… —murmuraban las viejas entre los portales.

—¡Qué va, comadre! De Vegas Nuevas es mi prima Esperanza y esa chiquilla no es de por allá.

—Es la hija de un guajiro que le debía dinero al señor Eleuterio —comentó otra.

Pero aquella suposición se quedó en el aire, como en el aire se quedaban los suspiros que la señorita dejaba al pasar.

Margarita de Iznaga era lo que se dice una diosa. Cabello rubio, ojos azul marino, piel nacarada y unas proporciones para nada despreciables.

Eso sí… ¡muy educada! Apenas levantaba la vista cuando don Eleuterio la llevaba de compras en su carro del año. Vendedores y gerentes se desgastaban en atenciones, y la muchacha escasamente respondía con una tímida sonrisa.

Por primera vez en muchos años, el chalet Iznaga y Arrechavaleta parecía cobrar vida. La casona, construida a principios de siglo con las mejores maderas de la región montañosa, allá por la Loma de la Jorobada, era una amplia villa de estilo colonial. Su segundo nivel, con techo a dos aguas y un espacioso portal, era el lugar donde don Eleuterio y Margarita se sentaban en las tardes a beber limonada.

Cientos de leyendas se habían tejido alrededor del chalet de los Iznaga: que la familia había ido a la bancarrota al construir aquella estancia tan enorme, que si las puertas y ventanas crujían en las noches, que si la madera de la escalera central era de un árbol sagrado de los negros cimarrones que tenían su palenque por las lomas… y no se sabe cuántas habladurías más. Pero lo que sí era cierto es que, desde que el primer señor Iznaga, el viejo don Pedro (que Dios lo tenga en la gloria), puso un pie en el recibidor, todos… absolutamente todos los hombres de la familia, a lo largo de cinco generaciones, habían fallecido de alguna muerte trágica… dentro de la casa.

Don Eleuterio era un hombre creyente, aunque tampoco iba a misa todos los domingos. No andaba prestando atención a los comentarios de la gente. Una vez, su jardinero le comentó:

—Don… hay palos en el monte que no se deben cortar…

—Yo no creo en brujerías ni en viejas profecías, José. Esos son cuentos de camino para asustar a los niños.

Llevaba varios años viviendo solo desde que su señora madre partió. Dicen los que estuvieron presentes que, cuando María Eduviges presintió que estaba próximo su final, después de haberse confesado con el cura del pueblo, llamó al hijo a la cabecera de la cama y le susurró:

—¡Cuídate de los cimientos, hijo mío! Su amor por nosotras es demasiado fuerte… ¡Esta casa…!

Y ya no dijo nada más porque sus ojos se cerraron.

Los primeros días de la pareja fueron felices. Don Iznaga rebosaba amor; parecía que tenía veinte años, y la joven, aunque no lo amaba, trataba de corresponderle a aquel hombre que la había salvado de la miseria.

Una mañana, la muchacha encontró unas extrañas flores sobre la mesita de noche. Cuando las fue a tomar, parecían estar enraizadas al mueble. Así, cada día fueron apareciendo en distintos lugares, siempre fuertemente unidas a los objetos de madera. De vez en cuando, las puertas de los escaparates aparecían abiertas justo para que ella pudiera apreciar su belleza en los espejos, y en una ocasión en que tropezó, una cortina salvadora sujetó sus manos impidiendo que cayera al suelo.

Todo lo contrario, le sucedía a don Iznaga. Los ventanales se cerraban ante su presencia, cayó de un sillón al que se le quebraron los balances. El fogón se encendió bruscamente una mañana en que pretendía prender su tabaco.

Un domingo en que se encontraban solos, porque las dos mujeres que atendían los quehaceres y el jardinero habían salido a hacer algunas diligencias, la puerta de dos hojas de la entrada se cerró bruscamente.

—¡Qué raro! —pensó el Don—. No hay viento.

Se paró en dirección al portón y el resto de las ventanas también se cerraron. Arrugó las cejas con impaciencia, sin saber qué hacer, cuando un horcón se desprendió del techo. Cuando Margarita llegó a la sala, de la frente de su esposo manaba abundante sangre. El suelo se había abierto y profundas raíces que brotaban del piso de madera se tragaban el cuerpo de su difunto esposo.

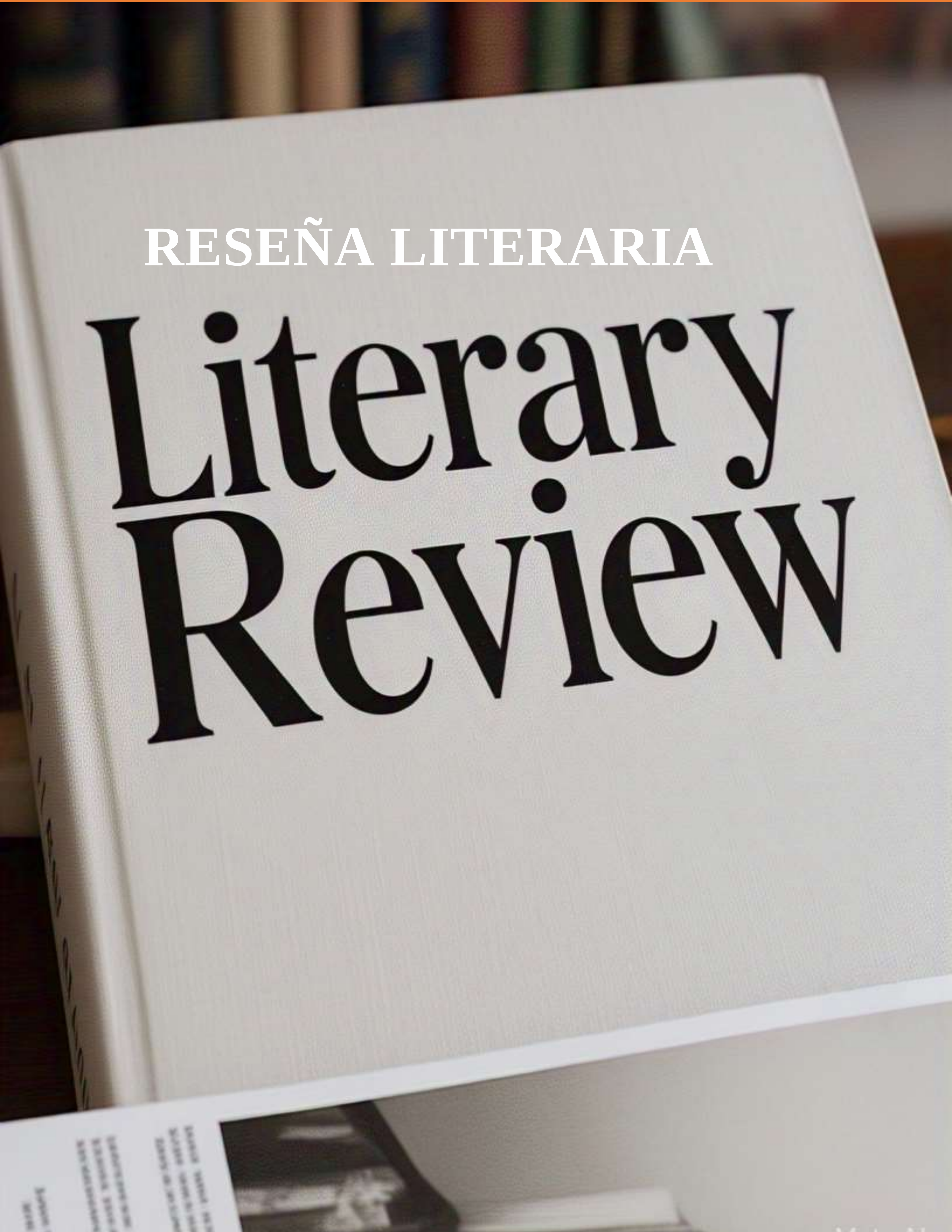
Un grito ahogado salió de sus labios. Intentó escapar… pero no pudo. Una silla se deslizó hacia ella y cayó sentada sin apenas darse cuenta. La silla se movió hacia la escalera y se detuvo en su base. De los pasamanos comenzaron a brotar flores. ¡Las mismas flores que cada día recibía en su cuarto! Subió lentamente los escalones. El escaparate frente a ella abrió sus puertas. Allí, en su interior, un hermoso vestido de novia tejido con exquisitas fibras vegetales esperaba por su futura dueña.

Comprendió entonces, por fin, quién era el enamorado misterioso que cada día le regalaba flores… ¡El chalet de los Iznaga se había enamorado de ella y de todas las mujeres que le habían antecedido!

Las ramas que brotaron de los horcones le acariciaron las mejillas y una suave brisa con olor a yerba húmeda recorrió su cuerpo. Se vistió para la ceremonia y las raíces hicieron el resto.

Casigüas era un pueblo… normal.




RESEÑA LITERARIA
Literary
Review

un pedazo de su alma puesto en papel. Y eso, para mí, es lo primero que hace que valga la pena leerlo: la honestidad cruda que hay en cada línea.

Pronto me encontré sonriendo con las imágenes que Jinnett dibuja, esas que me llevaron a sentir el calor de un abrazo. Su manera de ver el mundo tiene una chispa especial, una que mezcla lo cotidiano con lo profundo sin que se sienta forzado. Es como si tomara lo que todos conocemos —la lucha diaria, el amor y la amistad— y lo transformara en algo que te hace mirarlo de nuevo, con ojos frescos. Por eso creo que este libro merece un lugar en tu estantería: te invito a redescubrir lo que ya dabas por sentado.

La fuerza de sus emociones es otro punto que me conquistó. Hay una energía en su voz que me transmite, una pasión que se siente viva y que me empuja a seguir leyendo. No es solo que escriba bonito, que de hecho lo hace, sino que me hizo sentir que esas emociones también son mías. Es como si me hubiera prestado sus lentes para ver la vida con más intensidad, y eso no es algo que encuentre en cualquier poeta. Para mí, esa capacidad para hacerme ver la vida a su manera es una razón poderosa para sumergirme en sus páginas.

Además, está el amor por su tierra y su gente, que se cuela en cada rincón de la obra. No es un patriotismo vacío; es un cariño genuino, uno que te hace querer mirar tu propio entorno con el mismo aprecio. La forma en que lo hace es muy simple, así como cuando voy a tomar un café a mi lugar favorito, o la sonrisa que se me escapa cuando veo a la chica que me acelera los latidos, o la conversación amena que sostengo con mi mejor amigo. En sus letras me recuerda que la belleza está en los detalles, y eso me dejó con una sensación cálida que va a perdurar hasta el día de último aliento. Siento que leer este libro fue un regalo que Jinnett quiso compartir conmigo. Uno que conservo sin duda alguna.

LA DIMENSIÓN DE MI OTRO YO

Por Nelson Pérez

Cuando comencé a leer La dimensión de mi otro yo de Jinnett Aguilar, no esperaba que las palabras me atraparan tan rápido. Hay algo en la forma en que la autora se expresa que te hace sentir que estás caminando a su lado, escuchándola hablar de la vida con una mezcla de fuerza y ternura que no se olvida con facilidad. Es un libro que, desde las primeras páginas, te envuelve en una sensación de autenticidad, como si cada verso fuera un pedazo de su alma puesto en papel. Y eso, para mí, es lo primero que hace que valga la pena leerlo: la honestidad cruda que hay en cada línea.

Pronto me encontré sonriendo con las imágenes que Jinnett dibuja, esas que me llevaron a sentir el calor de un abrazo. Su manera de ver el mundo tiene una chispa especial, una que mezcla lo cotidiano con lo profundo sin que se sienta forzado. Es como si tomara lo que todos conocemos —la lucha diaria, el amor y la amistad— y lo transformara en algo que te hace mirarlo de nuevo, con ojos frescos. Por eso creo que este libro merece un lugar en tu estantería: te invito a redescubrir lo que ya dabas por sentado.

La fuerza de sus emociones es otro punto que me conquistó. Hay una energía en su voz que me transmite, una pasión que se siente viva y que me empuja a seguir leyendo. No es solo que escriba bonito, que, de hecho, lo hace, sino que me hizo sentir que esas emociones también son mías. Es como si me hubiera prestado sus lentes para ver la vida con más intensidad, y eso no es algo que encuentre en cualquier poeta. Para mí, esa capacidad para hacerme ver la vida a su manera es una razón poderosa para sumergirme en sus páginas.

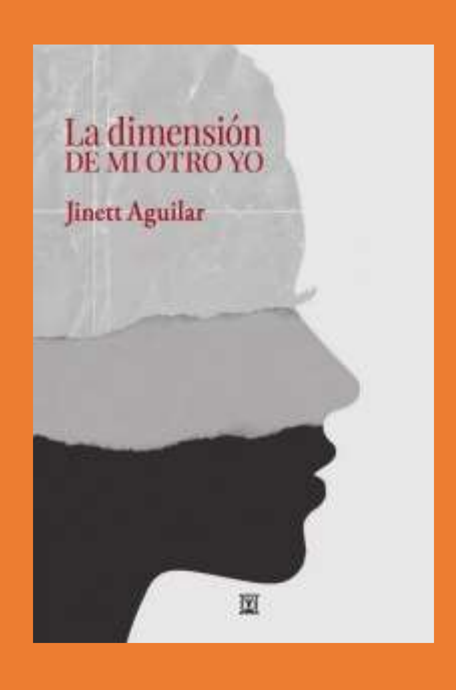
Además, está el amor por su tierra y su gente, que se cuela en cada rincón de la obra. No es un patriotismo vacío; es un cariño genuino, uno que te hace querer mirar tu propio entorno con el mismo aprecio. La forma en que lo hace es muy simple, así como cuando voy a tomar un café a mi lugar favorito, o la sonrisa que se me escapa cuando veo a la chica que me acelera los latidos, o la conversación amena que sostengo con mi mejor amigo. En sus letras me recuerda que la belleza está en los detalles, y eso me dejó con una sensación cálida que va a perdurar hasta el día de mi último aliento. Siento que leer este libro fue un regalo que Jinnett quiso compartir conmigo. Uno que conservo sin duda alguna.

Si lo tuviera que describir en una frase, sería algo así:

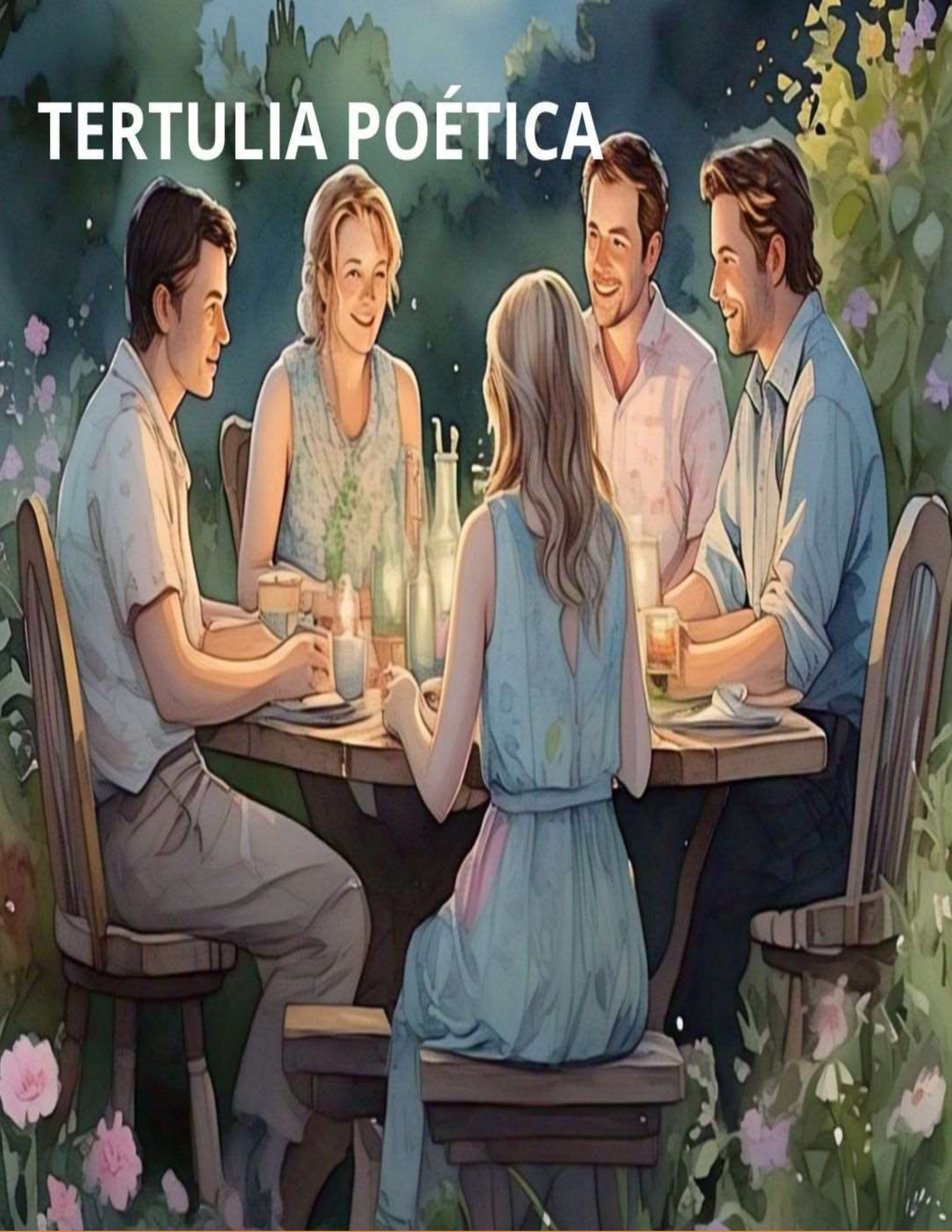
Es una historia de lucha y esperanza.

Sin decir mucho, puedo afirmar que es una obra literaria que destaca por su originalidad, a la cual no me atrevo a comparar con otras del mismo género. Ni siquiera me atrevo a comparar a la autora con otras escritoras contemporáneas, porque la obra de Jinnett Aguilar es única.

Dicho esto, debo aclarar que no soy un experto en reseñas literarias. Esto es solo mi opinión, basada en lo que me hizo sentir mientras leía. No pretendo que lo que destaco sea la verdad absoluta ni que todos vean lo mismo que yo. Cada lector encontrará su propio camino en estas páginas, y eso es parte de la magia. Pero si me preguntas, te diría que le des una oportunidad y te aseguro que no te arrepentirás.






TERTULIA POÉTICA

EN TUS OJOS ME PIERDO

Tienen tus fantasías lo mismo que en las noches sueño,
mujer de experiencias y desvelos, salpicada de tormentos,
mujer sin freno.
Resiliente y sumisa,
dama de historias,
portadora de bien,
pezones de vida tiernos,
hogar de la raza humana.
Luchadora incansable de mil batallas,
en tus ojos me pierdo,
en tus palabras duermo,
en tu ombligo tejo un beso.
Mujer vientre, mujer que salva.

María Isabel Méndez
Anniabel Martínez



AROMA DE MUJER

Hay un aroma de mujer en mis pensamientos,
un aroma de mujer sonriente,
libre, sin pudor, amante.
Mujer entre mis dedos
con cabellos de cielo,
con labios de miel,
con ojos de paraíso.
¡Qué huele a café!
¡Qué sabe a vida!
Y se desliza entre acordes,
entre la sábana y mi cuerpo,
entre la ausencia y las ganas,
entre los besos que no existieron.

Anniabel Martínez
Nelson Pérez



ERES

Mujer, eres la sonrisa que me quema el pecho, la chamaquita que pone mi mundo patas arriba.
Mujer, son tus cachetes redonditos que me roban el aire y tus suaves manos que preparan mi licuado favorito, ese que sabe a esperanza.
Mujer, sos el torbellino de mi vida, ese que no puedo agarrar, el mismo que adornas con tu puchero que me clava un cuchillo dulce en el corazón.
Mujer, es tu piel canela, esa que ilumina mi soledad con tus ojitos chinitos que me esconden la verdad.
Mujer, eres un amor que duele porque no es mío. La morra jodida que mi corazón no suelto.

Nelson Pérez



LETRAS EN LA PIEL

Hoy quiero escribir poesía donde tú seas mi hoja y yo tu pluma para escribir a esta hora una historia de pasión desenfrenada.

Lejos de miradas indiscretas, de ruidos molestos, donde pueda escuchar tus susurros de amor al oído.

Si yo fuera hoja en blanco donde un mundo nuevo pudieras escribir, no permitiría que tus dulces trazos se despegaran.

Palabra por palabra, letra por letra, cada detalle importante. Escribe de amores que nunca se acaban, de rosas sin espinas, de tiempos sin finales, de palabras que no hieren, de momentos que no terminan, de caricias infinitas y de besos apasionados… de momentos entrelazados entre sábanas de seda donde la piel se nos quema al compás del corazón, y cuando la tinta se haya agotado, que sea nuestra piel la que siga ardiendo y sea ella quien dé la última palabra.

Trazo por trazo, letras, palabras, oraciones y versos escribiendo en la filigrana insinuante de tus labios y tu piel, donde me extravío sin tiempo porque solo tú eres mi brújula en este nuevo mundo a descubrir.

Ariel Sosa Mansilla
Yari Morales



LUJURIA

Le pregunté a la lujuria: —¿Qué haces mientras duermo?

—Escucho tu silencio, me dijo, y suelo encontrar, gritos que se apagan, sueños que se van. Entonces busco tesoros, aquellos que te hagan despertar. Me sumerjo en lo más profundo, y entre las sombras descubro tus deseos más ocultos, ando caminos que no puedes transitar, desvisto tu alma sin pudor alguno y encuentro al desnudo aquello en lo que no quieres pensar. Mientras duermes, me invento de nuevo, y creo en tus sueños un dulce despertar, escribo caricias, fabrico besos, dibujo un recuerdo que no puedas olvidar. Corro entre las llamas para buscarte un nombre, que encienda tu piel al oírlo nombrar.

Mientras duermes, aprendo mil formas de encontrar en tu cuerpo el deseo prohibido, de abrir los secretos que tu sexo esconde, de amarte despacio y echar al olvido las manos impuras que mancharon tu destino.

Mientras duermes te enseño a amar y susurro en tu mente lo que pretendes callar. ¡Grito su nombre, te hago temblar! … Luego despiertas, te apoderas de mí y siento en tu pecho la sangre correr.

¡Ya es tarde! ¡No me puedo ir! ¡Desperté tus demonios! ¡Estamos aquí!

Daymi Pacheco



¿QUIÉN ERES EJE DE LA MAÑANA?

Las historias de nunca jamás no logran vislumbrar a una hembra de hebras sonrosadas. ¿Quién eres, gladiola? Sostén de mis decoros ruines que reflejas el mar en tus pupilas. Soy el eco de la cueva en la que la podredumbre asalta a los principados con voz y voto. Sometido a la manada de tus labios; espiritualidad, te digo, desde esta prisión con mis consciencias, que soy, soy, soy eternidad al amparo de las quiméricas promesas. Amanece en mis sueños tu silueta y atardece tu sonrisa en esta realidad de funestas fantasías. Me uno a ti en este instante; permíteme que el amor de mi cólera refleje el rostro de la luna sobre estas aguas que atrapan su vastedad majestuosa.

Vanessa Sosa




MUJERES: ARTIFICES
DE LA LITERATURA

ANA FRANK: UN MUNDO EN SU DIARIO

Por María Isabel Méndez

¿Qué podría decirles yo sobre la vida de Ana Frank que ustedes no hayan leído en algún artículo o visto en una película, documental o hasta su mismo diario? Ana nació el 12 de junio de 1929 en Fráncfort del Meno, Alemania, de padres judíos, por lo tanto, era judía. Tuvo una hermana mayor llamada Margot. Sus padres fueron Otto Frank y Edith Holländer. El panorama que atañe hablar de "Annelies Marie Frank", que es su nombre completo, es como ver a una niña jugando en el parque un domingo por la tarde con una paleta de helados en la mano, o a una adolescente compartiendo con sus amigas, y al mismo tiempo, contemplar a una de las escritoras más leídas a nivel mundial. Tan solo era una chica cuando la vida le cambió. La forma en que partió de este plano terrenal fue cruel. Con todo eso, su deseo de ser escritora y de llegar a la vida de otros a través de las letras se cumplió e incluso permanece hasta este entonces.

Ana vivió oculta durante más de dos años junto a siete personas en un lugar que preparó su padre, Otto, en su intento por resguardar la vida de sus dos hijas y su esposa, cuando se le notificó a Margot que sería trasladada para trabajar en un campamento de concentración. Fue así como este padre alargó la vida de sus hijas, la de su esposa y la de él mismo. Es de pensar que, al oír las noticias sobre la guerra, que pronto acabaría, "todos tuvieran esperanza"; sin embargo, fueron delatados y arrestados por los nazis el 4 de agosto de 1944… faltaba poco para la liberación.

Durante la Segunda Guerra Mundial, entre los años de 1939 y 1945, fueron cegadas millones de vidas. Los grupos nazis dirigidos por Adolf Hitler se ensañaron sobremanera con la comunidad judía, "para ellos era una plaga que se debía exterminar". La vida de Ana Frank, su madre Edith Frank, su hermana mayor, Margot Frank, y su padre Otto Frank (este último, fue el único sobreviviente de los ocho detenidos el 4 de agosto de 1944 en el anexo secreto en el almacén), cambió radicalmente. Tal parece que ser afectos a la postura judía fue una sentencia aún más severa para ella y los suyos. Pese a haber tenido la nacionalidad alemana, la cual perdieron luego de los tumultos donde se les exigió el registro y se les adjudicó la "J", quedando apátridas en 1941.

Pero no todo estaría perdido. Aún cuando la muerte era lo más seguro que tenían ahora, la vida tenía una puerta de escape, “un salvoconducto”, donde ella vertería su esencia escritural. Fue en un diario, que como cosas de la vida, ella misma le pidió a su padre de regalo de cumpleaños el 12 de junio de 1942, cuando tenía 13 años. Fue un diario quien se convirtió en su compañero fiel durante el tiempo que lograron permanecer ocultos de las manos nazis. Ella no vivió para ver hecho realidad su deseo de ser una escritora famosa, pero en su corazón el hecho ya existía; de ahí partía su perseverancia al continuar escribiendo. Tenía su fuerza arraigada, a pesar de que todo era oscuro a su alrededor. No obstante, su cuerpo no pudo salir con vida del Holocausto.

La vida misma, “los hechos”, de siete personas ocultas junto a ella, entre penumbras, estaban plasmados en el diario que sus manos tomaron como único testigo de los días y noches guardados en clandestinidad. Durante más de dos años permanecieron ocultos: la familia de Otto Frank, la familia Van Pels y un dentista, Fritz Pfeffer. Esto fue gracias a unos buenos amigos.

La madre de Ana, Edith Holländer, murió en el campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, a donde fue deportada cuando la separaron de sus dos hijas, a quienes extrañó mientras vivió, entregándose a una elevada depresión que la llevó a morir de inanición. Mientras tanto, Margot y Ana fueron deportadas a Bergen-Belsen. Allí, ambas murieron de tifus debido a la insalubridad que había. Se dice que Margot murió primero que Ana, y pocos días después Ana. Cuenta una de sus amigas, la cual la pudo ver en los alambrados en el campo de concentración, que Ana creyó que sus padres habían muerto y que eso fue un motivo muy fuerte para que sus fuerzas desmayaran.

Ana sublimó su esencia al escribir, se derramó con la pureza de una chiquilla soñadora e inmortalizó los hechos infrahumanos a los que fueron sometidos más de seis millones de judíos, incluidos ella y sus compañeros refugiados en el anexo durante la guerra.

La historia de Ana es una de tantas que dan memoria a la masacre más grande de la humanidad. Margot, su hermana mayor, también poseía un diario, pero de este no se supo más nada. No quedó rastro alguno. El de Ana pudo haberse perdido con todo lo que escribió durante todo ese tiempo, “pero la vida no lo quiso así”. Gracias a Miep Gies, una de las personas que los ayudó a ocultarse, quien entregó posteriormente los manuscritos de Ana a

su padre al enterarse de que Ana, su madre y su hermana Margot habían muerto en los campos de concentración.

Su padre, Otto Frank, decide publicar el diario en 1947 bajo el título La casa de atrás. En 1959, el contenido del diario fue llevado a la pantalla grande. Ana escribió entre el 12 de junio de 1942 y el 1 de agosto de 1944 varios cuadernos y un puñado de hojas sueltas, los cuales se conservan en la actualidad en la Casa de Ana Frank y el archivo documental de la guerra. Ana también escribió varias historias, y hay una versión alemana donde están incluidas las siguientes:

1. “¿Entraron a robar?” (25 de marzo de 1943)
2. “El dentista” (10 de diciembre de 1942)
3. “Día de embutidos” (10 de diciembre de 1942)
4. “La codiciada mesita” (29 de julio de 1943)
5. “Anne y la teoría” (29 de julio de 1943)
6. “La tarde y la noche en el anexo” (4 de agosto de 1943)
7. “Hora de comer” (5 de agosto de 1943)
8. “El anexo con ocho personas a la mesa” (9 de agosto de 1943)
9. “Cuando el reloj da las ocho y media” (23 de agosto de 1943)
10. “La tarea diaria en la comunidad– ¡Pelar patatas!” (18 de agosto de 1943)
11. “Libertad en el anexo” (20 de agosto de 1943)
12. “Kaatje” (7 de agosto de 1943)

Otto Frank, su padre, vivió defendiendo las escrituras de su hija Ana, ya que llegaron a acusarle de ser falsas. Se esmeró en dar a conocer su historia hasta que finalmente murió el 19 de agosto de 1980 a causa de cáncer de pulmón.

En resumen: la vida nos regaló la vida de una mujer extraordinaria en el cuerpo frágil de una moza primavera, con voz alzada en sus letras conmovedoras, apasionadas y llenas de vida. Las cuales nos llevan cautivos en la narrativa hacia el lugar que la cubrió de magia cuando miraba el castaño por la ventana. Tal vez, el trauma posguerra hubiera marchitado su esencia, no lo sabemos. Lo que sí es cierto es que nadie salió ileso emocionalmente del maltrato que recibió.

Eternamente la recordaremos a través de su fiel amigo Kitty… El diario de Ana Frank.

Los personajes y eventos que se presentan en este li son ficticios.

Cualquier similitud con personas reales vivas o muertas es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Impreso en Argentina